

La pequeña belleza no tiene ya razón de ser; su misión providencial está cumplida.

Y esa misión providencial no es dar a gozar el contenido de su esencia, sino ofrecer en todas partes, ofrecer y apagarse luego para no darlo nunca, el tesoro de su intacta fragilidad.

MARÍA A. OYUELA

### —RECONOCIMIENTOS

Tres libros: *Ensayos y Críticas*, *Crítica y Reconocimientos* (1), destacan la labor de un crítico de legítima autenticidad: Ramón Doll. Libre de banderías de escuela, ajeno a las rencillas minúsculas de asociaciones de jurisdicción subterránea, se dedica con pasión — con la pasión fría que nos aconseja el filósofo idealista — a su tarea exegética y, con rigor estricto, analiza las obras propuestas a su examen crítico.

La acendrada vocación por la verdad hace de Ramón Doll un espíritu de estructura clásica, ateniéndonos a la caracterización de Baeza. Podría él, Doll, suscribir aquella frase de Stendhal: "Ante todo, quiero ser verdadero", y, análogamente a éste, no vacila en emplear una palabra inelegante si ella añade un matiz más certero a la expresión.

Porque le "interesa la claridad" y le "irritan las simulaciones del pensamiento", le merecen páginas de severo juicio, en *Reconocimientos*, la mojigatería literaria de Roberto F. Giusti, la falsedad de la poesía maquinista intentada por Nydia Lamarque, las contradicciones flagrantes y las confusiones imperdonables de Fingerit en *Realismo*, los errores y contrasentidos que menudean con generosidad lamentable en *Política para intelectuales*, de Julio R. Barcos, etc.

En un medio intelectual como el nuestro, brumoso de mistificadores y de mulaterio declamatorio, es necesario destacar a quienes, como Doll, realizan una labor depuradora, señalando con valentía la falacia de muchos "prestigios"; a quienes, como Doll, se saben situar ante los problemas que abordan, de frente, en actitud abierta.

No niega Doll la verdad sostenida por los autores que estudia, en nombre de otra verdad, la suya, actitud subjetiva que importaría la imposibilidad de afirmaciones categóricas, sino que acepta aquella verdad, aunque provisoriamente; se sitúa en el punto de partida del autor que examina y, desde él, va siguiendo, avizor, sus razonamientos, sus deducciones, para observar la lógica que los motiva, la coherencia que las justifica. Prueba ello un espíritu flexible, que muchos han querido desconocer, acusándolo, en cambio, de un dogmatismo que Doll está muy lejos de profesar.

Disentimos, sin embargo, con los juicios que, en *La mentira literaria del chaplinismo*, el cine le merece a nuestro autor. Niega Doll toda posibilidad estética al llamado "séptimo arte", "puesto que — dice — la fotografía no capta y fija más que lo aparente y superficial de las cosas, y

(1) Rosso, editor, 1931.

aun de lo sensualmente perceptible de las cosas se le traspapela el color, el olor, el sonido".

¿Acaso — replicamos — la fotografía de un gesto, de una mirada, expresa tan sólo algo aparente y superficial, o revela, más bien, lo íntimo, lo escondido, el estilo, en fin, de la persona que desarrolla el gesto o realiza la mirada? Y una de las mayores posibilidades del cine — realidad ya — es esa de acercar al espectador la expresión minuciosa de un estado de ánimo, no a través de la palabra que, en verdad, contrariamente a lo que Doll opina, reduce la expresividad del gesto, sino precisamente a través del gesto, de la mirada, del ademán.

Y en cuanto a la segunda objeción, la creemos pueril, porque el dibujo carece de color, y la pintura, por su parte, no capta sensaciones auditivas ni olfativas, y a nadie se le ocurre, por eso, negar al dibujo o a la pintura sus virtualidades artísticas. Por otra parte, las sensaciones olfativas carecen de categoría estética: un olor puede ser agradable o desagradable, pero no hermoso o feo.

La razón de existencia de un arte estriba en su especificidad, en su capacidad para expresar aspectos que solamente él y no otro puede expresar, y el cine, que cada vez es más cine y que por tanto tiende — debe tender — a ser menos teatro y literatura, nos ha enseñado, fundamentalmente, a "ver", a apreciar la importancia de los detalles, de los hechos nimios, de los hechos sin importancia aparente. No hay que olvidar que los albores del cine datan de treinta años apenas y que es reciente su decisión de cumplir con su destino cinematográfico. Sin duda, tiene razón Fernando Vela al pensar en la dificultad que ha de constituir para el estético — sin embargo, "dispuesto siempre a concentrar el rudimento originario de las artes en un pirograbado polinesio" — el llegar a admitir que "un nuevo arte germina allí donde su mujer y sus hijas van jueves y domingos entre la merienda y la cena".

En *Inteligencia y política*, Doll caracteriza certeramente, concisamente, nuestros lamentables hábitos políticos, señala el distanciamiento que existe entre el hombre dedicado a esas actividades y el "inventor, escritor o artista". El análisis de estos temas políticosociales se aviene más, creemos, con la modalidad de Doll que el de los puramente estéticos.

LEÓN OSTROV

—HIRUNDO (\*)

Apenas puede decirse si conocemos literariamente a nuestros vecinos del otro lado de la Cordillera. Conocemos mal, en efecto, las letras chilenas contemporáneas, que no se limitan, ni siquiera en lo que a la novela se refiere, a las obras — recién sospechadas entre nosotros — de Eduardo Barrios, Luis Orrego Luco y Federico Gana.

De que esto es exacto y, sobre exacto, injusto, lo prueba, con aquella circunstancia, las escasas noticias de que disponemos ahora acerca de los

(\*) Alberto Ried, *Hirundo*, Editorial Céndor, Santiago de Chile.